

**CÓMO CONSTRUIR**

**Jonathan**

**Gornall**

**UNA BARCA**

**UNA ODA AL TRABAJO MANUAL,  
UNA DECLARACIÓN DE AMOR AL MAR,  
UN EMOTIVO RELATO SOBRE LA RELACIÓN PADRE-HIJA**



**Seix Barral**

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prefacio

1. Querida Phoebe

2. Panorama desde un puente

3. Retirada de Suez

4. Sin rumbo

5. Barca roja

6. Un encuentro casual

7. La Liga de los Expertos Muertos

8. Saluda a mi amiguito

9. Para empezar, toma tu árbol

10. Primer corte

11. Ridícurus

12. Rompecabezas

13. Torcido, pero vale

14. ¡Rumbo este!

15. Allá va

16. Clavándolo

17. El casco y vuelta a empezar

18. Piratas y hadas

19. Hay que hacerlo muy muy despacito

20. El lado del sol otra vez hacia arriba

21. Regreso a Suez

22. Una barca por fin

Epílogo

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

## Sinopsis

*Cómo construir una barca* es la historia de un hombre moderno y sin ninguna habilidad destacable que, inspirado por su amor al mar y todo lo que éste le ha enseñado, se propone construir una barca de madera según los métodos tradicionales como regalo para su hija recién nacida. Es una tarea ridículamente quijotesca para un hombre que, con una familia y una hipoteca, no sabe absolutamente nada sobre trabajar la madera. Empujado por la osadía que da la ignorancia, se embarca en un viaje de exploración y descubrimiento. Parte manual *do it yourself*, parte *memoir*, este libro celebra el arte de la construcción de barcos, el placer sencillo de trabajar con tus propias manos y las aspiraciones de la paternidad.

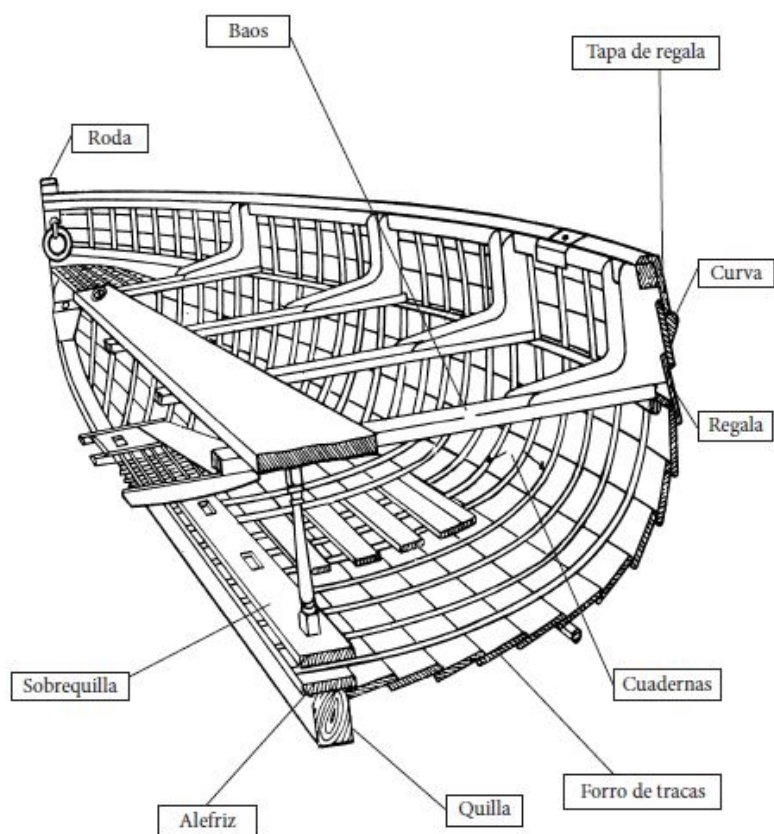
# CÓMO CONSTRUIR UNA BARCA

Jonathan Gornall

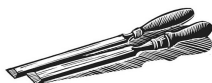
Traducción del inglés por Ramón Buenaventura



*Para Phoebe, nuestra Estrella Polar*







## Prefacio

Supongo, en mi ignorancia, que hay dos métodos infalibles para verificar la estanqueidad de una barca de madera recién construida. Uno es echarla al agua y ver si se hunde. Otro es dejarla en tierra firme, llenarla de agua y ver si presenta fugas.

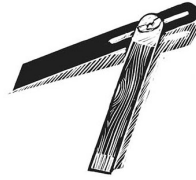
A primera vista, el Método A, inspirado en siglos de tradición y acompañado del consabido champán y el brindis por todos sus futuros navegantes, es la opción más atractiva, sobre todo para quien sea aficionado a llamar la atención. Pero tiene sus inconvenientes. El más obvio es que semejante ceremonia pública, con tan rebotante potencial de provocar un tremendo bajón en la arrogancia, requiere que el constructor confíe plenamente en su propia capacidad. Es un momento de verdad suprema y absoluta.

El Método B, por el contrario, si se practica totalmente en privado, no solo excluye la posibilidad de que haya testigos del fracaso, sino que también otorga al patrón timorato la oportunidad de corregir el fallo, o los múltiples fallos, antes de proceder descaradamente, como si nada malo hubiese ocurrido, al fastuoso ceremonial del Método A.

No obstante, para el aventurero de corazón valeroso, osado, audaz, me río yo de los torpedos, fanfarrón, el Método B no existe; solo el camino puro del Método A. El Método B, indigno y desgarrado incumplimiento de siglos de tradición, es despreciable. Es una oscura rendición, reservada a los más pu-

silánimes, a los menos voluntariosos, a los tímidos que se espantan al enterarse de que existen los torpedos, a quienes no confían en sí mismos, ni en su propia capacidad, ni en su propio valor.

Lo cual explica que yo esté ahora mismo aquí, saliéndome el corazón del pecho, con una manguera en la mano...



# 1

## Querida Phoebe

Aprovecha la ocasión, y no tendrás que lamentarte de lo que habría podido ser.

*We Didn't Mean to Go to Sea,*  
ARTHUR RANSOME

*16 de agosto de 2016*

Si echo la vista atrás, supongo que en su momento la decisión de construirte una barca me parecería una idea verdaderamente fantástica. ¿Me detuve, aunque solo fuera por un instante, a considerar que tu papá —un hombre moderno de manos finas, un hombre de despacho, con pocas herramientas, de limitados talentos prácticos y con un ignominioso historial de bricolajes desastrosos— podía no poseer las habilidades necesarias?

Han pasado más de dos años y no resulta fácil recordarlo. Lo que sí me consta es que en las semanas y meses posteriores a tu nacimiento me encontraba en una situación rara, insólita. Puede resultar extraño, pero lo que me preocupaba entonces no eran las dificultades a las que tendría que enfrentar-

me para criar a una hija a mi edad. Dando vueltas por mi casa, tras una noche de insomnio, con esta nueva vida preciosísima en los brazos, mi brújula mental oscilaba bruscamente entre la excitación cargada de sentimientos y las meditaciones enfermizas sobre tu futuro y —como padre por segunda vez, a los cincuenta y ocho años— mis posibilidades de desempeñar mucho papel en él.

No era una preocupación totalmente desprovista de fundamento. En febrero de 2012, tras experimentar unos leves dolores en el pecho mientras corría, me vi sometido, de modo totalmente inesperado, a una operación de baipás coronario múltiple en un hospital de Dubái, donde trabajaba como periodista. De poco me había valido una vida entera sin fumar, comiendo y bebiendo siempre con sensatez y haciendo ejercicio con regularidad —obsesivamente, para algunos—. Remar, correr, nadar, triatlón... todo ello había desempeñado un papel importante en mi vida y en mi noción de mí mismo. Pero, al parecer, nada de ello bastó para desactivar la bomba de tiempo de la hipercolesterolemia familiar, un defecto genético que comienza a recubrir de mugre las arterias desde temprana edad. De ahí, quizá, que Bert, tu bisabuelo materno, falleciera en 1946 víctima de una trombosis coronaria, a los cincuenta, a pesar de haberse pasado años racionando estrictamente su ingesta de alimentos susceptibles de parar el corazón. Gracias a un cirujano sudafricano y al moderno milagro de las estatinas, yo ya he vivido diez años más que él.

La implantación de un baipás duele bastante, y durante varios meses, además. Algo tiene que fastidiarte, digo yo, que te abran el pecho de la garganta al esternón y que te saquen metros de venas de las piernas. Del baipás no te olvidarás nunca, desde luego, pero lo cierto es que te permite seguir viviendo, sobre todo si cuando te lo ponen estás en forma y te conservas bien, como me ocurría a mí, a los cincuenta y seis años. O sea que a lo mejor sí, a lo mejor sí sirvió de algo tanto

ejercicio, tanto remar, tanto correr, tanto nadar, etc. Doce semanas después estaba de vuelta en Inglaterra y —no sin precaución, al principio— corriendo al sol de finales de primavera por una orilla fluvial de Suffolk. Fue uno de esos días en que se siente uno a gusto en la vida.

Pero fue tu llegada, dos años y dos meses después de la operación quirúrgica, la que de veras me dio ocasión de sacarle el máximo partido a mi prórroga vital. Fue también una especie de segunda oportunidad. Tengo un hijo, Adam, de mi primer matrimonio, y él tiene dos hijos —sobrinos tuyos, siete y ocho años mayores que tú—. A ti te llaman «tita Phoebe» y a mí «abuelo Jonny». Familia moderna.

La buena noticia, para ti, es que ahora papá ha tomado la decisión de ejercer la paternidad mucho mejor que la vez anterior. Cuando me casé con la madre de Adam era un chico de veintiún años, totalmente inmaduro; y no había madurado mucho, cinco años más adelante, cuando nos nació el niño, en 1981. Me recuerdo recorriendo la habitación con él en brazos —le pasaba lo que a ti: no había otro modo de dormirlo—, pero no recuerdo mucho más de aquellos tiempos. Su madre y yo nos separamos cuando él tenía dos años, y Adam pasó la mayor parte de sus primeros años al otro lado del Atlántico, con ella. Me avergüenza decirlo, pero en aquel momento fue una especie de liberación. Pasamos algunas vacaciones juntos, pero vi muy poco a Adam hasta sus quince años, cuando se vino a vivir conmigo a Inglaterra.

En algún momento de los treinta y seis años transcurridos desde el nacimiento de Adam debo de haber madurado de una vez, porque nada más entrar en contacto contigo la mera idea de pasar un día sin verte, no digamos meses, me resultó inconcebible. Y la idea de que le había vuelto la espalda a mi hijo de dos años durante todos aquellos años me llenó de vergüenza y arrepentimiento.

Pero junto con esa enormísima dosis de amor incondicional que me sobrevino con tu nacimiento, y que aún puede hacer que se me salten las lágrimas sin previo aviso, en cualquier momento, también fui consciente de una nueva sensación: el miedo.

Nunca antes me había intimidado la muerte con su guadaña: no mientras trataba de mantenerme a flote en mitad del Atlántico, ni siquiera ante el bisturí del cirujano en Dubái. Pero ahora que mi vida, de pronto, de golpe, ya no era solo asunto mío, sí que me entró el miedo. Sobre todo cuando me di cuenta de que, si vivía lo suficiente, tendría setenta años cuando tú empezaras la enseñanza secundaria.

Perdóname, cariño. Los niños pueden ser muy crueles. Pero ya no me cabe duda de que a ti no te faltarán ni la inteligencia ni las fuerzas para enfrentarte a la situación... Aunque, claro, si así lo prefieres, tampoco me importará dejarte una bocacalle antes, cuando te lleve al colegio.

¿A qué edad empiezan los niños a almacenar recuerdos que les duren toda la vida? Hay —qué sorpresa— división de opiniones entre los expertos: unos dicen que a los tres años y medio, otros que a los seis. Sea cuando sea, lo que me consta es que un día, más bien pronto que tarde, yo no estaré a tu lado. ¿Cómo, pues, rebasar los límites del tiempo para recordarte que tuviste un padre que te amaba incondicionalmente y cuyo único deseo, para el resto de su existencia, era poder proporcionarte lo que te hiciera falta para vivir tu vida con sabiduría, coraje, compasión e imaginación?

Supongo que podría haberme limitado a escribirte una carta, o grabarte un vídeo, para que lo vieras en tu móvil cuando tuvieras edad para ello. Ensayé mentalmente ambas cosas, muchas veces, esforzándome en hallar un tono más o menos intermedio entre el alarde de bravura y la más sensiblera pena de mí mismo.

Y luego, de golpe y porrazo, se me ocurrió: «Te construiré una barca».

Ya lo sé, ya lo sé: qué cosa tan obvia, ¿no?

La idea me vino a la cabeza durante tus primeros meses de vida, mientras daba vueltas por nuestro apartamento con vistas al río Stour a su paso por Mistley, contigo dormida en brazos —o, mejor dicho, contigo boca abajo en un brazo, con las manos y los pies colgando a los lados, y con tu suave carita en el cuenco de mi mano—. Durante mucho tiempo, ese fue el único modo de dormirte: según decía mamá, igual que una cachorrita de tigre, agarrada a la rama del brazo de papá. Añoro esas noches.

A pesar de encontrarme en un estado de angustia existencial, confuso y privado de sueño, era consciente de que para un periodista independiente y de despacho, carente de la pertinente formación profesional, y con una pequeña tigresa y una hipoteca que mantener, la decisión de construirte una barca no parecía totalmente dictada por el sentido común. Pero, replica mi antagonista interior, ¿desde cuándo es necesaria la aprobación del sano juicio y su aburrida burocracia para sacar adelante un proyecto del corazón?

Una barca. Durante aquella noche tan especialmente larga la idea parecía incluir todo lo que yo deseaba decirte de la vida, del amor, de la historia, de tu propia historia, de la independencia, el aguante, la belleza auténtica, el valor, la compasión, la aventura... De hecho, se preguntaba mi enajenada mente, ¿qué inestimable lección podía *no* aprenderse en un aula así?

Por la mañana, mientras desayunábamos, traté de explicárselo todo a mamá. Ocupada contigo, hizo notables esfuerzos para atender un poco a lo que le estaba diciendo, pero yo mismo, mientras hablaba, era consciente de que la racionalidad que había evidenciado el proyecto durante la noche se estaba evaporando a la luz del día. Pero así y todo. Desde el